

Discurso de la presidenta de Crue en el solemne acto de apertura del curso universitario en la Universidad de Cantabria

Santander, 25 de septiembre de 2023

Majestad, ministro de Universidades, rector de la Universidad de Cantabria, presidenta de la Comunidad de Cantabria, autoridades académicas, civiles y militares, rectoras, rectores, miembros de la Academia, amigas y amigos.

Avanzar implica superarnos. Las universidades españolas lo sabemos desde hace 800 años. Sin retroceder tanto, sí quisiera dar una pincelada del Sistema Universitario Español antes de hablar de sus desafíos.

Desde la aprobación de la Ley de Reforma Universitaria, en 1983, hemos duplicado con creces la comunidad universitaria y hoy acceden a la Universidad un 49% de los jóvenes en edad de hacerlo, cifra ligeramente superior a la media de la OCDE, pero todavía inferior a la de algunos países nórdicos.

Nuestra expansión equilibrada ha hecho posible que haya, al menos, una universidad pública en todas las comunidades autónomas y un campus universitario en todas las provincias. Esto, sumado a que el 81% de nuestras universidades públicas se sitúa entre el 5% de las mejores del mundo, nos convierte en uno de los diez sistemas universitarios más equitativos y potentes.

Tenemos, además, universidades de calidad reconocidas internacionalmente. Entre ellas, la Universidad de Cantabria, que hoy nos acoge, y a cuya comunidad universitaria felicito por su 50 aniversario.

Estamos entre los once primeros países del mundo por producción científica. Un total de 38 universidades españolas están en el top 1.000 del Ranking de Shanghái, siendo el sexto país por número de universidades entre las 1.000 mejores.

En cuanto a nuestra integración en el Espacio Europeo de Educación Superior, 44 universidades españolas participan en las 50 alianzas de Universidades Europeas. Solo por detrás de Alemania y Francia.

La Universidad, como ven, es una institución a la que no le asusta los retos y dispuesta a abordar los desafíos sociales y científicos de este siglo.

Pero, para ello, como bien ha indicado el rector de Cantabria, urge una financiación acorde a la magnitud de esos retos, que son compartidos y globales. Solo así podremos proyectar socialmente toda nuestra capacidad transformadora.

Los hechos, al menos de momento, no nos permiten ser optimistas. Desde hace 25 años, el gasto en educación superior no ha superado el máximo alcanzado en el año 2000. Es ahora cuando estamos recuperando los niveles de 2009. Para solucionar esta disfunción, la LOSU establece un incremento de la financiación pública de las universidades hasta el 1% del PIB nacional. Ese aumento, en torno a los 3.100 millones de euros, nos equipará, por fin, con los recursos medios de los Estados de la UE.



Sin embargo, la ley es imprecisa en cuanto a responsabilidades –de los gobiernos central y autonómicos– y deja las correspondientes aportaciones al albur de «las disponibilidades presupuestarias de cada ejercicio». Comprenderán nuestra intranquilidad, y más después de la traumática experiencia de la crisis de 2008, cuando España fue uno de los pocos países de la UE que redujo la financiación de sus universidades, incluso más de lo que cayó su PIB. No cometamos nunca más el mismo error.

Aprovecho la presencia de representantes de todos los niveles competenciales del Estado para reiterar que la Universidad es una inversión, no un gasto. Es más, conviene recordar que, por cada euro aportado a las universidades públicas, estas devuelven cinco a la sociedad.

Además, los graduados ven reducida su tasa de paro un 44% y los de Máster un 49% respecto del conjunto de la población activa. Datos que evidencian que la Universidad es el mejor antídoto contra el desempleo.

Igualmente, nuestra capacidad de transformación social, siempre desde la corresponsabilidad, ha convertido a los campus en eficaces agentes vertebradores, de enorme trascendencia en el desarrollo socioeconómico y cultural del territorio, y con una enorme influencia en la localización de actividades empresariales y culturales.

Todo esto sin olvidar que la esencia de la Universidad está en los recursos que nos brinda para la vida. Conocimientos y habilidades para desarrollar nuestras profesiones, por supuesto; pero también valores para crecer como personas. El pensamiento crítico, la vocación de servicio, la capacidad de trabajar en equipo, la responsabilidad y la ética son fundamentales para construir un mundo mejor.

Quizás esto explica que la educación, la formación y el aprendizaje permanente aparezcan entre los veinte principios del pilar europeo de derechos sociales, y también el esfuerzo realizado para que nadie sea excluido de la Universidad por razones económicas.

Así, hemos avanzado en la mejora del sistema de becas y ayudas a los estudios y en la cobertura al estudiantado más vulnerable. Y gracias a ello, vamos recuperando el principio de igualdad de oportunidades. Pero nuestro porcentaje de gasto por estudiante sigue siendo un 20 por ciento inferior a la media de la UE.

En un mundo en constante cambio, también hemos adaptado nuestra oferta formativa, pero debemos avanzar, todavía más, hacia una formación universitaria flexible, centrada en el estudiantado y adaptada a sus necesidades. Que fomente el desarrollo de competencias y habilidades transversales, garantice el aprendizaje a lo largo de la vida y evite la exclusión social.

La internacionalización del sistema universitario, con la que estamos firmemente comprometidos, y nuestro sistema de ciencia e innovación también requieren de un decisivo apoyo, financiero y legislativo.

Si bien somos referentes en movilidad del estudiantado, difícilmente acudirá a nuestros campus el talento internacional si no podemos ofrecer condiciones atractivas de contratación, como hacen las universidades de nuestro entorno, y si no eliminamos la tasa de reposición o las trabas burocráticas en la investigación y la transferencia. Se trata, en definitiva, de captar y retener talento para ganar capacidad de liderazgo.

Estos son algunos de los retos que afrontamos. Con el espíritu de mejora continua que caracteriza a la Universidad, miramos al futuro con afán de superación, y conscientes de que fortalecer nuestras alianzas sociales será la mejor estrategia para responder, con todas las garantías, a los grandes desafíos que van a marcar esta y las próximas décadas.



Un futuro en el aspiramos a que la Universidad sea referente de un cambio social, que no se base únicamente en términos económicos, sino que tenga en cuenta la Agenda 2030 y sus Objetivos de Desarrollo Sostenible.

Un futuro donde la Universidad sea un elemento esencial en la configuración de economías sostenibles y resilientes, y un espacio de oportunidades para toda la ciudadanía.

Majestad, autoridades, amigas y amigos.

Aspiramos a ser una Universidad sin desigualdades, diversa e inclusiva.

Tenemos el potencial para liderar de manera responsable y compartida el cambio hacia la sociedad del conocimiento. Y queremos hacerlo. Por eso, y por un futuro con más oportunidades, es el momento de apostar, sin ningún tipo de excusas, por las universidades.

Muchas gracias.